

ña se conserva este epitafio dirigido al desgraciado doncel:
«*Aquí yace Macías el enamorado.*»

Marsilla é Isabel, son los personajes que todos hemos visto en la escena con el nombre de «Los amantes de Teruel.» Tampoco son un capricho de la fantasía; realmente existieron y todavía visita su tumba el conmovido viajero.

Petrarca es la otra prueba de ese amor puro que se sostiene con sólo el recuerdo, incólume á través del espacio y del tiempo. Durante 30 años amó á Laura, la mujer con quien no podía unirse, sin que la estación fría de la senectud minorase el ardor de su afecto, como él mismo lo testifica cuando dice que se le iba mudando el cabello de negro en blanco, sin poder mudar su obstinada pasión.

*Que vo cangiando il pelo
Ne cangiar posso l'ostinata voglia.*

Algunos comentadores del Petrarca han pretendido que Laura no era una amante real, sino que bajo ese nombre había cantado una idea fingida; pero á esta pretensión se han opuesto ya pruebas auténticas de la existencia de Laura, de su matrimonio y de la posteridad que dejó. La encantadora imagen de esa mujer celestial aun se conserva en Italia.

A los testimonios que nos han dado la sicología, los hechos más vulgares, la historia de una época, y la vida de algunas personas respecto á la verdad del amor casto, puede añadirse hasta cierto punto la existencia de la literatura moderna, porque si bien el poeta finge, idealiza, no por eso deja de haber un fondo de posibilidad en sus creaciones, y sobre todo, no puede negarse que en alguna manera siente lo que expresa.

De la literatura del amor casto pudiera formarse un catálogo que no tendría fácil término, por cuyo motivo me contentaré con citar los primeros nombres que vengan á mi memoria.

En la literatura española pueden estudiarse muchos de los caballerosos galanes y de las damas apasionadas que figuran en las comedias de Lope de Vega, Alarcón, Calderón de la Barca y otros dramáticos españoles de la antigua escuela, así como las poesías de Herrera, en gusto del Petrarca.

Entre las poesías de D. José Iglesias, se encuentran algunas eróticas de un temple que no pudiera esperarse en un cura párroco, en un teólogo, en un escritor que tuvo muchas veces por modelo á compatriotas suyos imitadores de los latinos. Me refiero, á «Los Celos,» «La Ausencia,» «Duración del amor,» «La Agitación» y otras varias composiciones. He aquí cómo expresa Iglesias la duración del amor.

Llama que eterna duración alcanza
Y al vivir del espíritu se extiende,
Ni el horror del sepulcro la comprende,
Ni del tiempo la rígida mudanza
La marchita ni ofende.

El *Macías* de Larra y los *Amantes de Teruel* de Hartzenbusch representan el amor puro de la vida real sublimado por la poesía. El *Trovador* de García Gutiérrez es una pieza tan perfecta, en su género, que se dijo el día de su primera representación «García Gutiérrez ha comenzado por donde debía acabar.»

En la novela española, generalmente picarezca ó de costumbres, no hay mucha cabida para el amor espiritual; pero existen algunos tipos ideales en los bellos escritos de Fernán Caballero. Se encuentra verdadero sentimiento, sin mezcla de afectación impertinente, en varias composiciones, en verso y prosa, de Antonio de Trueba. Este poeta es, sin embargo, menos citado que algunos de sus compatriotas, porque no usa las palabrotas ni las puerilidades pomposas del gongorismo contemporáneo. Antonio de Trueba ha definido la poesía diciendo: «es la expresión de *la belleza moral.*»

Refiriéndome á la literatura francesa, no hay mucho trabajo para encontrar ejemplos del amor puro: basta hojear á Racine, y leer algunas tragedias de Corneille y Voltaire. El *Cid* de Corneille presenta en Rodrigo el contraste moral del amor y el deber. La *Zaira* de Voltaire, toda sensibilidad, expresó por vez primera la pugna entre la religión y el amor. De otra época son la *Corina* de Mad. Stael y «*Atala y René*» de Chateaubriand. Chateaubriand escribió en los desiertos de América, en bosques vírgenes donde nunca los númenes griegos mancharon la pasión con sus torpezas; Corina es la mujer artista, poetisa y apasionada, la Safo púdica de la li-

teratura moderna, que expresa los tormentos del ingenio en presencia de la prosa diaria. Sobre todo, debemos fijarnos en *Pablo y Virginia*, ese cuadro de moral melancólica, de pasión inefable, que cien ediciones han reproducido en todas las lenguas. Con un tono distinto, bajo otras inspiraciones, defendiendo creencias diversas, tiene la literatura francesa, la *Lelia* de Jorge Sand, expresión del sentimentalismo excéptico de nuestros días, fluctuación, por decirlo así, entre el estoicismo y el misticismo.

La literatura inglesa presenta generalmente cuadros de melancolía, especialmente en los poemas atribuidos á Osian, en aquella naturaleza oscura y nebulosa, en los vientos silbando entre los abetos, en las brisas del mar que mueven las harpas de los antiguos bardos. En los poemas de Osian hay imágenes exageradas; pero no puede negársele lo sentimental, y, á veces, una vehemente fantasía. La *Clementina* de Richardson, es el amor sencillo en la tranquilidad campestre. Milton, en los amores de Adán y Eva, cantó la primera flor de la pasión inocente, dulce recuerdo del bien que se ha perdido. Campbell ha pintado aquella desgraciada mujer que yendo á recibir al amante encuentra su cadáver en la playa; pero loca de amor jamás deja de aguardarle: «amor constante que vela sobre las ondas.»

«*That constant love can linger on the deep.*»

Romeo y Julieta de Shakespeare son los apóstrofes del amor en corazones jóvenes; mientras que la poesía de Byron á su esposa, contiene los acentos tiernos aunque reflexivos del nombre maduro.

La deliciosa pintura del amor conyugal en el primer canto de Thomson es para mí tan agradable, que paso á copiar una buena traducción que tengo á la vista.

«¡Felices y los más felices de los mortales aquellos á quienes la benéfica Providencia reunió, y que confunden en una misma suerte sus corazones, sus fortunas, sus existencias! No es el duro vínculo de las leyes humanas, aquel vínculo tan frecuentemente ajeno de la elección de la voluntad, quien forma el nudo de la vida; sino la armonía misma, que acuerda todas sus pasiones en el afecto del amor. La amistad ejerce en su seno su más dulce poder, la perfecta estimación animada con el deseo, la indecible simpatía de las

almas, el pensamiento encontrándose con el pensamiento, la voluntad adelantándose á la voluntad, con una confianza ilimitada. ¿Qué les importa el mundo, sus placeres, su locura? ¿no abraza cada uno de ambos, en el objeto que él ama cuanto la imaginación puede inventarse, cuanto un corazón abandonado á la esperanza pudiera desear? ¿No gozan de un embeleso más poderoso todavía que el de la hermosura, ó en los afectos, ó en los rasgos animados por estos afectos mismos? Verdad, bondad, honor, ternura, amor, los más ricos beneficios de la indulgencia del cielo le están acordados: y cerca de ellos se cría su posteridad risueña; la flor de la niñez se abre á su vista; y cada día que corre desencierra una nueva gracia. La virtud del padre y la hermosura de la madre, se descubren ya en los niños; su débil razón se engrandece á cada momento; ella reclama bien pronto el socorro de continuos cuidados. ¡Deliciosa tarea de cultivar el pensamiento tierno todavía, de enseñar á la idea juvenil cómo ella debe crecer, de derramar instrucciones siempre nuevas en el espíritu, de inspirar las ideas generosas, y de fijar un noble designio en una alma inflamada! ¡Ah! hablad vuestros regocijos, vosotros á quienes una lágrima repentina sorprende frecuentemente cuando miráis al rededor vuestro, y que nada atrae vuestras miradas más que pinturas de felicidad. Todos los afectos variados de la naturaleza se atropellan en vuestro corazón. El contento del alma, la paz del campo, una fortuna que basta á lo primoroso necesario, la amistad, algunos libros, el retiro, el trabajo y ocio, una vida útil, una virtud progresiva y el cielo aprobador! estos son los goces incomparables de un amor virtuoso; así pasan los momentos de estos afortunados esposos. Las estaciones que recorren incesantemente este mundo discorde, vuelven á hallar á su vuelta, á estos dos seres siempre felices; y aplaudiendo la primavera sus bellas suertes, esparce sobre sus cabezas su guirnalda de rosas. Hasta que por último, después del largo día de la primavera de la vida, llega la noche serena y dulce; siempre más enamorados, supuesto que su corazón encierra más recuerdos, más pruebas de su amor mutuo, caen en un sueño que los reúne otra vez: librados juntos sus pacíficos espíritus, vuelven hacia las moradas en que reina el amor y la inmortal felicidad.»

La literatura italiana presenta menos melancolía que la inglesa, pero más ardor. Nada tiene que desear el idealismo que trasporta después de aquellas mujeres que pintó el Tasso, los encantos de Armida, la belleza de Clorinda, el amor de Herminia. También las poesías líricas del vate italiano son el vivo fuego de la pasión. Al lado del Tasso figura el culto místico del Dante á Beatriz, las canciones y sonetos del Petrarca que ya he mencionado. *Los desposados* de Manzoni merecen también un lugar distinguido en la historia de la poesía erótico-espiritualista, que tampoco puede desdeñar algunos rasgos de Alfieri y Metastasio.

En la literatura portuguesa encontramos el famoso poema de Camoens *Los Lusitanos*. Hay algunos críticos que consideran á Camoens muy superior al Tasso por su riqueza épica, y sea lo que fuere sobre este punto, ello es que *Los Lusitanos*, no obstante sus alusiones mitológicas fuera de propósito, contienen un gran número de cuadros llenos de un sentimiento, de elevación y de amor, comparables con los más bellos pasajes del épico italiano. Penetrado Camoens del fuego del entusiasmo y de la pasión, exhala frecuentemente las quejas lastimeras de la elegía erótica, mereciendo la calificación que algunos le han dado de poeta *heróico romántico*.

De los poetas alemanes sólo citaré los dos nombres más conocidos, Schiller y Goëthe. Del primero he dado ya una muestra; el segundo sobresalió en diversos géneros, siendo notable por la extensión de su ingenio. Los amores de *Hermán y Dorotea* son un idilio tierno, natural, sencillo y gracioso de sabor bíblico; *Werther*, aunque suicida, merece estudiarse como tipo de amor ideal, y en contraposición de la literatura clásica. Goëthe supo armonizar los sentimientos de su héroe con el aspecto de la naturaleza que describe, según la estación del año. Conoce á su amada en un baile campestre durante la primavera, crece su pasión con la vista y el trato, hasta que burladas sus esperanzas se da la muerte en un día nebuloso del invierno, cubierto el campo de nieve, como el sudario que debía vestir su cadáver. Mad. Staël dice¹ que la muerte de Werther, pintada de modo tan interesante, difundió en Alemania la manía

1 *L'Allemagne*.

del suicidio, por cuya causa es preciso hacer algunas reflexiones para comprender á Goëthe. En verdad que el suicidio es un crimen, conforme á nuestras actuales ideas de moralidad; pero el suicidio de Werther fué generoso y noble; prefirió sacrificar su existencia á traicionar un amigo, dueño, como esposo, de la prenda querida. El suicidio impidió la traición y el adulterio. Hay, pues, bajo este aspecto, cierta delicadeza de sentimientos que no podrá negarse. También algunos filósofos antiguos censuraron injustamente á Homero como inmoral, en ciertos pasajes, porque no supieron distinguir lo que sólo es una *ficción poética* del rigor casuístico.

En una obra más moderna que *Werther*, en el *Rafael* de Lamartine, fuera de las exageraciones y de la metafísica amorosa de su escuela, fuera de cierta vaguedad de concepciones, no puede menos de distinguirse la belleza armónica del espíritu y la materia, y ese libro sugiere reflexiones análogas á la que he hecho sobre el *Werther* de Goëthe. Lamartine expone la pasión melancólica del enfermizo Rafael, y para darle un término que no fuese prosaico, tuvo que suponer *obstáculos* á la satisfacción de ese amor: los obstáculos consisten en que Julia era casada; pero el poeta queriendo cohonestar la pasión, supone en Julia un casamiento en que no habían tomado parte ni el alma ni el cuerpo, sólo las formalidades de la ley. El marido de Julia era un anciano que la había adoptado como hija, como á tal la trataba y sólo la necesidad de asegurar su posición por medio del matrimonio, le determinó á unirse legalmente con ella. Así Lamartine pudo dar á su composición todo el interés de la pasión contrariada, sin caer en lo deshonesto. Por lo demás, y visto en conjunto el libro que me ocupa, puede considerarse como un himno perpetuo á todo lo bello en la naturaleza física y moral, llegando el poeta á decir que: «Rafael no amaba la virtud porque fuese *santa*, la amaba especialmente por que era *bella*.»

¿A qué fin, sin embargo, hemos de continuar nuestro examen respecto á los productos de la razón y de la imaginación con el objeto de probar la existencia del amor casto, cuando para conocerle basta ocurrir al testimonio de nuestra propia conciencia? Apartemos por un momento de nosotros el positivismo de la edad madura, el frío cálculo, los

mezquinos intereses materiales; procuremos sustraernos á la atmósfera prosaica que nos rodea, y dirijamos una mirada á los días de nuestra primera juventud, cuando el corazón todavía vírgen latió á impulsos del primer afecto.

Dudan algunos del primer amor porque de todo se duda, porque es, dicen, un sentimiento vago é indefinido. Esa vaguedad precisamente es lo que tiene el primer amor de espiritual y de casto. Parece que el alma no se atreve todavía á dar parte á los sentidos en sus primeros transportes, aun no comprende bien que el espíritu celestial caerá en el fango algún día; tiembla la mano al contacto de otra mano, y la vista se baja tímidamente al encuentro de una mirada.

Otro momento supremo hay en la vida del hombre que da á conocer el amor puro; es la hora triste y fúnebre que nos ha visto inclinados sobre el cadáver de una esposa ó de una amante. ¿Quedará algo todavía del fuego de la concupiscencia, ante un cuerpo inanimado y yerto? Indagaciones de esta especie profanarían la santa mansión de los que no existen, y las dejo para el que obstinadamente crea no poder sentir sino al contacto de la cortesana que derrama salud y vida.

VI

Proposición del Sr. Ramírez sobre el concubinato.—El corazón humano.—Resultados prácticos.—El matrimonio indisoluble.

Me queda ya únicamente por impugnar la última proposición del Sr. Ramírez que como puramente incidental, trataré someramente, aunque bien se presta, por sí sola, á escribir una larga disertación. Asienta el Sr. Ramírez estas palabras: «Teorías escrupulosas y leyes insensatas prohíben el concubinato.»

Para mí, las leyes que el Sr. Ramírez llama *insensatas*, son *sapientísimas*, fundadas en el profundo conocimiento del corazón humano y en la más constante experiencia.

El hombre es naturalmente inconstante y voluble: nos cansamos fácilmente de todo, despertamos un día repugnando lo que en el anterior adorábamos. Ayer nos interesaba esa mujer de mirada brillante, de tez fina, de seno turgente, y hemos disfrutado las primicias de sus amores. Hoy nos ha dado un hijo, sus ojos nos parecen apagados, arrugado el cutis, caído el seno: nos sentimos cansados y queremos arrojarla de nuestro lado aunque sea con el niño que es fruto de ambos. Que la ley permita el amor libre, y ¿qué será de la madre y del hijo? La historia nos lo dice.

En Roma, Catón trasfiere su esposa Marcia al amigo Hortensio.¹ Augusto arrebató Livia á su marido.² Cicerón repudia á Terencia para coger el dote de la segunda mujer con que pagar sus deudas.³ Pablo Emilio se divorcia de la discreta y bella Papiria sin más razón que ésta: «Mis zapatos, dice, son nuevos, están bien hechos, y sin embargo,

1 Strab. l. 2.

2 Tacit. Anal. l. 1.

3 Plut. V. de Cic.